

ronle en medio de aclamaciones Mitilene, Efeso y Magnesia, y echaron abajo los monumentos erigidos por los dominadores. Como se habían establecido un gran número de ciudadanos romanos en las provincias, pensó el rey del Ponto desembarazarse de todos ellos de un golpe, y en virtud de una orden secreta fueron asesinados todos aquellos que se pudo haber á las manos, hombres, mujeres, niños y esclavos. Dividieron sus bienes entre el tesoro y sus asesinos. Obtuvieron su libertad los esclavos que degollaron á sus amos, y á los deudores se les perdonó la mitad de sus deudas por el asesinato de sus acreedores; todo el que había ocultado á un italiano fué castigado con la muerte. Tiembla de horror la humanidad al considerar estas atrocidades. Fueron arrancados unos de los altares que abrazaban, como de Efeso, ó del templo de Esculapio, en Pérgamo; otros fueron heridos, salvándose á nado hácia Lesbos y llevando sus hijos á las espaldas. Despedazaron los cañíos con prolongados tormentos á la vista de sus madres, los cuerpos de los niños, espirando aquéllas de dolor ó perdiendo la razón. No queriendo ejecutar esta bárbara orden, los trallianos encargaron de ella á un paflagonio, que degolló á los romanos en el templo de la Concordia. Algunos escritores hacen ascender á ciento cincuenta mil las víctimas de esta jornada.

Tranquilo en lo interior, fué Mitridates á sublevar las ciudades comarcanas, y encontró en ellas inmensos tesoros. En vano intentó tomar á Rodas, donde se habían refugiado los romanos escapados de la matanza. Su general Arquelao ocupó á Atenas, donde ó dió muerte ó hizo cargar de cadenas á los partidarios de los romanos; apoderóse en seguida de Delos, cuya guarnición fué sorprendida y pasada á cuchillo. Pronto se sometieron á Mitridates la Eubea, la Macedonia, la Tracia, la Grecia y sus islas, hasta la ciudad; de tal manera que veinticinco naciones, entre cuyo número los rossanios, que son los rusos del día, obedecían sus leyes, y él entendía y hablaba la lengua de todos estos pueblos.

Era su intención obrar como los bárbaros de los alrededores del Euxino, como Anibal con los habitantes del Africa, de la España y de la Galia, disciplinarlos para combatir á los roma-

nos. Llamado ya en los primeros años de su reinado (112) á socorrer á los griegos con motivo de una irrupción de los escitas, les había expulsado, había sometido á muchos pequeños príncipes, y hecho alianza con las tribus de los sármatas y de los germanos hasta el Danubio. Así nominó desde la Cíclades á la Rusia, al mismo tiempo que confinaba por las posesiones de su hijo con las soledades de los Palus-Meotidas. Contrajo además alianza y vínculos de familia con Tigrano, rey de Armenia. De continuo sacaba de las orillas del Ister, del Cáucaso, de la Crimea, nuevas hordas que llevar contra los romanos, y proyectaba abrirse al Norte paso para Italia.

Roma vió el peligro y confió el mando del ejército al que había combatido con más ardor á los insurgentes italianos, á Lucio Cornelio Sila. Entonces espantaron á Mitridates aterradoros prodigios. Una Victoriapreparada por los moradores de Pérgamo, para ceñir á su tránsito una corona á sus sienes, cayó de improviso y la corona se hizo pedazos. Oyéronse salir de la espesura de un bosque consagrado á las Furias, al cual había mandado prender fuego, estrepitosas carcajadas, sin que se pudiera descubrir quién las originase. Habiendo declarado los sacerdotes que era necesario sacrificar á una virgen á aquellas terribles divinidades, la víctima dió también suelta á la risa, de tal modo que no se atrevieron á acabar el sacrificio. Aún más aprensión debieron infundir á Mitridates las palabras de Mario, que yendo en su busca en tiempo de su más próspera fortuna, y consultándole sobre la guerra, le había respondido: *Haz de manera, oh rey! que seas más fuerte que los romanos, ó inclina la frente delante de todas sus voluntades.*

Con efecto ¿cómo hubiera podido resistir aquel enjambre de bárbaros á la disciplina romana? Experimentaron en Cheromeo tal derrota, que Sila escribió en sus memorias haber dado muerte á ciento diez mil sin perder más que doce soldados; terminaron aquella campaña otras dos batallas no ménos sangrientas en la Beocia. No debemos omitir que en el primer ejército y á las órdenes de Arquelao, se hallaban hasta quince mil esclavos de los romanos que pelearon desesperadamente.

Pero mientras Sila salía victorioso en Grecia,

su partido sucumbía en Italia. Lucio Cornelio Cinna, que, como ya hemos visto, se había declarado en contra suya, queriendo granjearse el favor popular, propuso distribuir de nuevo á los aliados italianos en las treinta y cinco tribus. Octavio, partidario incorruptible del Senado, se opuso á ello: acabaron por recurrir á las armas (87), y las calles de Roma fueron inundadas con la sangre de los italianos. Dícese que perecieron hasta diez mil hombres, y los demás se vieron obligados á salir de la ciudad con Cinna y seis tribunos. El Senado declaró á Cinna depuesto del consulado. Habiéndose colocado éste al frente de los italianos para sostener *la causa de los aliados*, pudo reunir bastantes hombres y dinero para formar treinta legiones: llamó á los desterrados y con ellos á Mario. Espantado el Senado de aquel nuevo peligro, manda poner la ciudad en estado de defensa: en esto llega Mario á Telamon y los italianos se agruparon en torno suyo: invita á los esclavos á recobrar su libertad, y alista bajo su bandera á los paisanos más robustos. Sertorio, general de los más valientes, se declara á su favor, y los tres adoptan la resolución de atacar á Roma de comun acuerdo. Rehusando Mario toda especie de título y de distinción, y marchando agobiado como bajo el peso de los crueles padecimientos que había experimentado, albergaba en su corazón y disimulaban mal sus ojos el pensamiento de atroces venganzas.

Batiéronse ciudadanos contra ciudadanos bajo los muros de Roma, y se vió pelear á hermanos en opuestas filas. Uno de ellos cayó herido mortalmente por el otro, y cuando el homicida reconoció á su hermano se arrojó en sus brazos para recibir su postrer aliento, y exclamando luego: *Nos han separado los partidos, júntenos la hoguera*, se atravesó con la fratricida espada. ¡Terrible símbolo de la suerte de los italianos!

Hallándose los cónsules poco preparados para la defensa, Pompeyo Estrabon, que hacia la guerra á los insurgentes á orillas del Adriático, fué llamado y procedió con tal blandura, que se concibieron sospechas de que su designio era dejar que se destruyesen ambos partidos para dominar él solo. Enviáronse, pues, órdenes á Metelo el Numidica, de terminar lo mejor que pudiera la guerra contra los samnitas, todavía no domados, y de regresar cuanto antes. Pero

cuando estaba para convenirse con ellos, Mario les ofrece condiciones más ventajosas; tentaron, pues, nuevamente la suerte de las armas, y Metelo tuvo que volver sin ejército á Roma. Aumentábase entre tanto la deserción en las filas de los romanos; y habiéndose asegurado Mario la posesión de las ciudades marítimas y de Ostia, acabó por bloquear á Roma, obligada al fin á rendirse por el hambre, la peste y el levantamiento de los esclavos. Antes de entrar en su recinto quiso Cinna ser reconocido de nuevo por cónsul; Mario se paró á la puerta diciendo que no cumplía penetrar en la ciudad á un miserable proscrito, como él lo era; pero aún no habían votado todas las tribus que fuera llamado, cuando entró en la ciudad mandando á su escolta dar muerte á todos los que hubiera salvado.

Comenzó entonces una horrible carnicería; el cónsul Octavio y los más ilustres senadores fueron muertos, sin hablar de los amos sobre lo que ejercían los esclavos las más espantosas venganzas. Citaremos como excepción los de Cornuto, quien, habiéndoles ayudado á salvarse en su casa de campo, ahorcaron un cadáver al que fingieron ultrajar, salvando de esta manera á su amo.

Cátulo, cuyo crimen era haber tomado una parte muy activa en la victoria sobre los cimbro, se envenenó para quitar á Mario el placer de darle muerte. Acudió el cónsul y gran pontífice al templo, depositó las cintas sagradas, y habiéndose sentado en el trono pontifical, se hizo abrir las venas. Espiró regando los altares con su sangre y profiriendo terribles imprecaciones. Refugióse el orador Marco Antonio, maravilla de su tiempo como le nombra Ciceron, en una casa de campo de uno de sus amigos, quien gozoso con recibir tal huésped, envió su esclavo á la posada cercana á procurarse buen vino. No guardó secreto el imprudente para con el posadero, del nombre de aquel á quien su señor había dado asilo, y este hombre le denunció. Acudieron, pues, los satélites de Mario, y aunque se detuvieron un momento por la elocuencia y majestad del gran orador, le cortaron la cabeza. Abrazó Mario al sicario que le llevó esta cabeza, y la hizo exponer en la tribuna, donde durante tantos años ella había defendido el buen derecho, y donde poco

tiempo despues debía colocarse tambien la de otro ilustre orador.

Habiéndose entregado los esclavos al tumulto por la dilacion sufrida en el pago del sueldo ofrecido por Cinna, los hizo reunir Mario en el Foro, donde fueron degollados por millares. Embragado con la suerte, ya que no harto de sangre, cónsul por la sétima vez, no pudo librarse de la terrible expiacion de los remordimientos; procuró en vano sofocarlos bebiendo, hasta el momento en que una corta enfermedad condujo á la tumba á este septuagenario anciano (15 de enero de 86). Heredero su hijo Mario de su poder, hizo degollar á todos los senadores que se encontraron en Roma, y nombrar para el consulado á Valerio Flacco, su hechura, el que se concilió el favor de la plebe decretando que los acreedores debian considerarse pagados si se hacian con la cuarta parte de la deuda. Pero se trataba de impedir la vuelta de Sila.

Habia sitiado este general á Atenas, donde Ariston habia usurpado la tiranía (87). Como le faltaba el dinero, hacia enviar á su campo los despojos de todos los templos, y contestaba á las reclamaciones de los amficiones que aquellas riquezas estarian más seguras en sus manos; pero bromeando con sus amigos, les decia que estaba seguro de la victoria, pues los mismos dioses pagaban sus tropas. Temblaban los griegos y citaban con pesar á Flaminio, á Acilio y á Paulo Emilio, que se habian abstenido de tocar á los objetos sagrados. Pero éstos habian sido elegidos legalmente, y mandaban á guerreros sóbrios y disciplinados, tenian grande alma, y su manera de vivir era modesta; hubieran considerado igual cobardía favorecer á la soldadesca que temer al enemigo. Por el contrario, los actuales jefes alcanzaban la primera categoría usando la violencia y la corrupcion del oro; por eso tenian que tomar ejemplo de sus fautores y todo venderlo, para comprar ya votos en la plaza pública ó ya un apoyo en el ejército. Además, Sila fué el primero en dar el ejemplo en grande de estas liberalidades corruptoras.

Acosados los atenienses por el hambre, enviaron á Sila embajadores que hablaron de Teseo, Codro, Maraton y Salamina. El les respondió: *Guardad vuestros hermosos discursos para*

la escuela; yo me encuentro aqui para castigar á los rebeldes, y no para aprender vuestra historia. Concluyó por tomar la ciudad por asalto (4 de marzo) secundado por traidores que nunca faltaron en las guerras de la Grecia, y haciendo correr torrentes de sangre; tambien queria destruirla, pero se dejó ablandar y perdonó á los vivos en consideracion á los muertos.

Pero mientras que él triunfaba exteriormente, se encontraba Sila proscripto en su patria y en adelante le era preciso defenderse contra los ejércitos de la faccion adversa, enviados para combatirle y aun para matarle. El cónsul Flacco, al cual se habia destinado el gobierno del Asia, derrotaba al frente de numerosas tropas, proporcionadas por los aliados y generales de Mitridates. Tenia por teniente á Fimbria, hombre odioso por su insaciable crueldad; habia querido, con motivo de los funerales de Mario, hacer asesinar al augur Q. Escévola, y habiendo errado el golpe, le citó á juicio. Como le preguntara todo el mundo con admiracion, de qué podria acusar á un hombre tan irrepreensible, respondió que le hacia cargo de no haber recibido en el costado toda la hoja del puñal. No le faltaron imitadores de esta lógica.

Siendo ya teniente de Flacco, sublevó Fimbria contra su jefe una parte del ejército, le derrotó y dió muerte, y despues se colocó al frente de todas las fuerzas romanas en Asia. Un dia que habia hecho levantar horcas, y que vió que eran en mayor número que los malhechores que habia que castigar, hizo que cogiesen á la casualidad entre los espectadores para llenar las plazas vacantes. A pesar de todo, como no estaba exento de valor, venció á los generales de Mitridates y apenas le dejó tiempo de refugiarse en Pitano, donde le sitió. Tenia necesidad para conquistar esta plaza fuerte del socorro de la flota; pero siendo Lúculo, que la mandaba, del partido opuesto al de Mario y Fimbria, se negó á secundarle, lo cual permitió al rey del Ponto buscarse un asilo en Mitilene. Apoderóse entonces Fimbria de Pitano y fué á sitiar á Troya. En vano le rogó Sila abandonase la empresa; tomó por asalto la ciudad, pasó á cuchillo á la poblacion, derribó los edificios y se alabó de haber exterminado más en diez dias que Agamenon en diez años.

Cogido entre dos enemigos Mitridates, man-

dó hacer proposiciones á Sila, quien por una parte deseoso de ir á ver lo que acontecia en Italia, y por otra de arrebatarse á Fimbria la gloria de esta campaña, dió oídos á ellas y consintió en una conferencia con él en Dardano, en la Troada. Acudió allí el rey del Ponto con veinte mil hombres, seiscientos caballos, multitud de carros armados de dallos y sesenta barcos; Sila con dos legiones y doscientos ginetes, pero él fué quien dictó las condiciones. Tuvo Mitridates que limitarse á aceptarlas. Se convino en que el rey retiraria sus tropas de todas las ciudades que no le perteneciesen antes de la guerra; que devolveria á Nicodeno la Bitinia, á Ariabazano la Capadocia, y todos los prisioneros sin rescate; que pagaria 2.000 talentos y proporcionaria á Sila ochenta bajeles equipados con quinientos arqueros; que no manifestaria ningun resentimiento contra las ciudades ni contra los ciudadanos que habian probado su celo en favor de los romanos.

—¿Qué me dejas?—preguntó Mitridates.—*Te dejo la mano que ha firmado la muerte de cien mil romanos.*

De esta manera fué como Sila dió feliz desenlace en ménos de tres años á una de las más peligrosas guerras, en cuyo espacio de tiempo recobró la Grecia, la Jonia, la Macedonia y el Asia; declaró independientes y aliados de Roma á los rodios, á los magnesios, troyanos y chiotas y mató ciento sesenta mil hombres á Mitridates. Hubiera podido, si hubiera querido, cogerle á él mismo y evitar de esta manera treinta años de guerra á su patria.

Fimbria, que rehusó someterse, fué vivamente atacado y reducido á tal extremidad que se dió muerte.

Impaciente Sila por reinar en Italia, explotaba el Asia, á la que imponia 20.000 talentos (100.000.000) y enviaba á sus soldados á vivir á discrecion entre aquellos que se habian manifestado adversarios de los romanos. Tenia además cuidado de conciliarse la voluntad de las tropas, cerrando los ojos sobre sus rapiñas y excesos. Despues de haber despojado los templos de Delfos, de Olimpia y Epidauro, se alojaban los soldados de Sila en los palacios, donde gozaban de las muelles delicias del Asia, baños, teatros, esclavos y serrallos; y mientras que la flota despedida por Mitridates, dividida

en pequeñas escuadras, que acabaron por piraterías y que aniquilaron al país, procuraban cubrir sus crueldades, pillajes y libertades con los excesos contrarios, dirigiendo al mismo tiempo sus miradas por el lado de la Italia con la esperanza de tratarla pronto del mismo modo.

CAPITULO XXXII

Dictadura de Sila.

Era ejercido el poder en Roma por Cinna, quien sin recoger los sufragios, se habia declarado á sí mismo cónsul por tercera vez con Papirio Carbon, y habia distribuido los empleos á quien habia querido. Pero él mismo se encontraba dominado por la soldadesca, que acostumbrada á la sangre por Mario, acabó por darle muerte.

Adelantábase Sila precedido de una fama terrible (84), acompañado de soldados avaros de botin y de desterrados poseidos de venganza. En tanto que se encontró allende los mares, habia proclamado la voluntad de restablecer el orden, y devolver á los senadores sus prerogativas; pero llegado á Brindis, con ciento veinte bajeles, cuarenta mil veteranos y seis mil caballos, sin contar algunas tropas reclutadas últimamente en Macedonia y el Peloponeso, escribió al Senado, recordando sus hazañas en las guerras de Numidia y en las que hubo contra los cimbro, los aliados latinos y Mitridates: *¿Y qué respuesta he recibido? añadió: mi cabeza ha sido puesta á precio; han sido degollados mis amigos; forzada mi mujer á andar errante lejos de su patria; demolida mi casa, confiscados mis bienes, anuladas las leyes que se hicieron durante mi consulado. Pronto me vereis á las puertas de Roma con un victorioso ejército, dispuesto á vengar mis ultrajes y á castigar á los tiranos y sus satélites.*

No habia más recurso contra semejantes amenazas que la fuerza de las armas. Reunió, pues, Roma cien mil hombres á las órdenes de los cónsules Norbano y Escipion; pero el ejército del primero fué derrotado y el del otro se pasó á Sila, al cual se reunió tambien el jóven Cayo Pompeyo, con los inmensos clientes que tenia en el Piceno, arrollando tres ejércitos que quisieron impedirle el paso. Saludó Sila al jóven y feliz guerrero con el título de *Imperator*